

rita. Pero de pronto dió una patada en el suelo y dijo frenética:

—¡No, no y no!

—¡Que me lleve el diablo si no duerme usted en la cárcel!— dijo Sebastián y, entreabriendo la puerta, llamó:

—¡Señor Mendez!

—¡Ahí está!—gritó Juliana tirando la cartera y mostrándole el puño añadió:—¡Así te parta un rayo malvado!

Sebastián cogió la cartera. Había en ella tres cartas: una muy doblada de Luisa. Leyó la primera línea que decía "Mi adorado Basilio" y muy pálido, guardó todo en el bolsillo interior del gabán. Abrió la puerta; en la sombra destacábase la figura del señor Mendez.

—Ya está todo arreglado—le dijo Sebastián un poco tembloroso.—No quiero detenerle más tiempo.

El policía se inclinó en silencio. Cuando en el descamillo le deslizó Sebastián una propina, dijo muy respetuosamente inclinándose y con voz meliflua:

—Para lo que guste mandar, ya sabe, el 64, Mendez, que sirvió en la Guardia... No se incomode V. S... á las órdenes de V. S... Mi mujer y mis hijos le agradecen que... No se moleste V. S. ¡El 64, Mendez, que sirvió en la Guardia!

Sebastián cerró la puerta y volvió al corredor.

Juliana estaba sentada, como anonadada, en una silla; pero apenas le vió, se levantó furiosa:

—¡Todo se lo diré á esa hipócrita! ¡Usted ha armado esta trampa, usted que también ha dormido con ella!

Sebastián, muy pálido, se contenía.

—Vaya usted por su sombrero y mande mañana por los baúles... El amo la ha despedido ya...

—¡Pues lo sabrá todo!—bramó ella.—¡Que me

aplaste este techo si no se lo cuento todo de *pe á pa*, todo! Las cartas que ella recibía y dónde se veían... se acostaba con ella en la sala, y se le caían hasta los pendientes... ¡La misma cocinera oía muchas veces el barullo!...

—¡Silencio!—gritó Sebastián dando un violento puñetazo sobre la mesa; y añadió con los labios blancos y la voz trémula:—La policía tiene apuntado su nombre, ladrona... A la menor palabra que diga, vá hácia Limoeiro, barra afuera, á la mar, porque no robó usted cartas solamente; robó también vestidos, camisas, ropa blanca.—Juliana quiso protestar pero Sebastián continuó exaltado:—Bueno, lo dió ella, pero á la fuerza, porque usted la amenazaba y así la arrancó todo eso. Es un robo... ¡A Africa! Ya puede usted decirle al señorito Jorge cuanto guste, falta que la crea. Todo será que la arrime unos cuantos estacazos en las espaldas, ladrona!

Juliana gruñía entre dientes... ¡Estaba divertida! Ellos tenían todo á su favor: policía, cárcel, el grillete... Africa... Y ella... nada.

Todo su odio contra la *Piorrinha* hizo explosión. La insultó con los nombres más obscenos é inventó infamias.

—Es como las del Barrio-Alto—gritaba,— y yo soy una mujer de bien; ningun hombre puede alabarse de haberme tocado ni de haberme visto el color de la carne. ¡Y esa hipócrita!...

Tenía el chal caído y estiraba el cuello ansiosamente.

—¡Esto es un desafuero! ¿Y lo que he pasado con la bruja de su tía? ¿Es este el pago que me dan? ¡Que me lleven los demonios si yo no pongo esto en los periódicos! ¡Yo que he vivido agarrada al trabajo como un perro!

Sebastián escuchaba á pesar suyo con dolorosa curiosidad aquellos pormenores; sentía vivos deseos de ahogarla y devoraba las palabras con los ojos. Cuando se calló, jadeante, dijo:

—¡Póngase usted el sombrero y vamos fúeral!

Juliana, encendida en ira, con los ojos fuera de las órbitas, se fué á él y le escupió en el rostro.

Pero de pronto se le abrió desmesuradamente la boca, se encorvó, llevó con ánsia las manos al corazón y cayó de lado, con blando ruido, como un fardo que se inclina.

Sebastián se inclinó y la movió. Estaba yerta y una espuma rojiza asomaba á sus labios.

Cogió el sombrero, bajó las escaleras y corrió hacia la Patriarcal. Pasaba un coche vacío, entró y ordenó que á todo correr le llevase á casa de Julián al que obligó á ir con él en seguida, sin cuello y en zapatillas.

—Es cosa gravísima... Juliana...—baluceaba Sebastián muy pálido.

En el camino y entre el ruido del coche y las campanillas, contó confusamente que entró en casa de Luisa y halló á Juliana despechada por haber sido despedida, y que hablando y manoteando cayó repentinamente de costado.

—Estaba en el corazón y sería un día ú otro—dijo Julián fumando tranquilamente.

Paró el coche. Sebastián, aturdido, había cerrado la puerta al salir. ¡Y la muerta dentro! El cochero ofreció su ganzúa que fué útil.

—¿No vamos á dar un paseito por Dafundo, señoritos?—dijo el cochero guardando la ganzúa.

Pero al ver que cerraban:

—No es gente para eso—exclamó con desprecio arreando el tronco.

Entraron. Sebastián subía aterrado las escaleras,

que le parecieron inacabables, y laténdole fuertemente el corazón, esperaba que Juliana estuviese adormecida por un simple desmayo, o ya de pie, pálida, pero respirando.

No; allí estaba como la dejó, tendida en el suelo, con los brazos abiertos y los dedos torcidos como garras. La convulsión había levantado las faldas y se veían sus canillas flacas con medias de color de rosa y zapatillas de alfombra. El quinqué que dejó Sebastián al pie de una silla daba tonos lívidos á las facciones rígidas; la boca torcida hacía un gesto y los ojos entreabiertos, parados por la agonía, tenían como una vaga nube, una diáfana tela de araña. En derredor todo parecía muerto e inmóvil. Vagos reflejos de plata salían del aparador y el cuco seguía sin cesar marchando con isócrono movimiento.

Julián la reconoció y se levantó sacudiéndose las manos.

—Está muerta, y bien muerta. Es preciso quitarla de aquí. ¿Dónde está su cuarto?

Sebastián, pálido, dijo por señas que arriba.

—Bueno, pues cárgala tú, y yo llevaré la luz—dijo Julián. Y al ver que Sebastián no se movía:

—¿Tienes miedo?—preguntó riendo.

Se chanceó de él. Era materia inerte, como si llevase un baúl. Sebastián, sudando, levantó el cadáver por bajo de los brazos y empezó á arrastrarlo lentamente. Julián alumbraba delante, y por fanfarronada cantó los primeros compases de la marcha de «Fausto». Pero Sebastián dijo con voz temblona:

—Lo dejo todo, y me voy.

—¡Respetemos los nervios de la señorita!—dijo Julián con una reverencia.

Continuaron en silencio. Aquel cuerpo mezquino pesaba como una losa. Se encorvaba; en las escaleras

ras se cayó una zapatilla de la muerta, y rodó. Sebastián sentía algo que le daba en las rodillas: era el moño despeinado y sujeto con una cinta.

La extendieron en la cama, y Julián dijo que era preciso respetar las tradiciones: la cruzó los brazos y la cerró los ojos. Luego se quedó mirándola, y dijo:

—¡Feo bicho!

La puso sobre el rostro una toalla, y al salir examinó admirado la habitación.

—¡Estaba mejor alojado que yo este estafermo! Cerró, dió vuelta a la llave y dijo:

—*Requiescat in pace.*

*
* *

Bajaron en silencio, y ya en la sala, puso Sebastián la mano sobre el hombro de Julián:

—¿Crees tú que fué el aneurisma?

—Sí; se irritó y reventó. Los libros...

—De modo que si hoy no se hubiese incomodado...

—Hubiera sido mañana. Estaba acabándose. Déjala en paz; está empezando a pudrirse, no la estorbemos.

Dijo después que comería alguna cosa, y en contró en el armario un trozo de carne fiambre y media botella de Colares. Se sentó, y con la boca llena y mirando el vino a través.

—¿Sabes la novedad, Sebastián?

—No.

—Que mi contrincante ganó la plaza.

—¡Caramba!

—Estaba previsto—dijo Julián—. Iba a armar un escándalo; pero... pero me amarraron dándome una plaza de médico. ¡Me arrojaron un hueso!

—¿Sí?—dijo Sebastián—. Me alegró; que sea enhorabuena. ¿Y ahora?

—Pues ahora... lo roeré.

Se lo habían prometido para primera vacante. El destino no era malo... En fin, que la situación era mejor.

Estaba harto de la medicina, según dijo después de una pausa. Era un callejón sin salida. El debía haberse hecho abogado, político, intrigante: había nacido para ello.

Se levantó, y dando grandes paseos por el comedor, con la voz penetrante, expuso su plan ambicioso.

—El país está sometido por un intrigante con voluntad. Esta gente está gastada, llena de achaques, de catarros veniales y sífilis antiguos; todo podrido por dentro y por fuera. El viejo mundo constitucional se caerá a pedazos... ¡Hacen falta nuevos hombres!

Se plantó delante de Sebastián.

—Este país, amigo mío, se ha gobernado hasta aquí con *expedientes*. Cuando venga la revolución contra éstos, el país buscará a quien le traiga *principios*. Pero, ¿quién tiene principios, los cuatro principios? Nadie; tienen deudas, vicios secretos, dientes postizos; ¡principios, nadie! Por consiguiente, si hubiera cuatro valientes que se tomaran el trabajo de establecer media docena de principios serios, racionales y modernos, el país se pondría de rodillas y les diría: «Señores, háganme ustedes el favor de ponerme el freno en la boca». Yo debía ser uno de esos hombres; nací para serlo. Y me irrita la idea de que mientras otros idiotas más astutos y más previsores están brillando al sol, «al hermoso sol portugués», como dicen las zarzuelas, yo receto cataplasmas a viejas devotas o ligo rupturas a escribanos caducos.

Sebastián pensaba en silencio en la muerte.

—¡Estúpido país, estúpida vida!—gruñó Julián.

Un carruaje se detuvo a la puerta.

—¡Los príncipes llegan!

Bajaron. Jorge ayudaba a Luisa a salir del coche, cuando Sebastián, abriendo bruscamente la puerta, dijo:

—¡Hay una gran novedad!

—¿Fuego?—dijo Jorge asustado.

—No: que a Juliana se le rompió el aneurisma—dijo Julián desde la sombra de la puerta.

—¡Diablo!—dijo Jorge aturdido, buscando precipitadamente dinero para pagar el coche.

—¡Pues yo no entro!—exclamó doña Felicidad mostrando en la portezuela su cara abrigada con una toquilla—. ¡no entro!

—¡Ni yo!—dijo Luisa aterrada.

—Pero ¿a dónde vamos, hija?—dijo Jorge.

Sebastián indicó que a su casa. Tenía el cuarto de su madre: sólo faltaban sábanas.

—Vamos, sí; vamos, Jorge; es lo mejor—suplicó Luisa.

Jorge dudó; la patrulla pasaba por el alto de la calle, y al ver aquel grupo junto al farol del coche, se detuvo. Al fin Jorge, instado y muy contrariado, consintió.

—¡Diablo de mujer, morir a semejante hora!

—El coche la llevará a usted, doña Felicidad.

—Y a mí, que estoy en zapatillas—dijo Julián.

Doña Felicidad se acordó cristianamente de que era preciso que alguien velara a la muerta.

—¡Déjese usted de eso, por amor de Dios, doña Felicidad!—exclamó Julián metiéndose en el coche y cerrando la portezuela.

Pero doña Felicidad insistía. Era una falta de religión... al menos dos velas, mandar llamar a un cura...

—¡Arrea, cochero!—gruñó Julián impaciente.

El coche dió la vuelta. Doña Felicidad en la portezuela, a pesar de que Julián la tiraba del vestido decía:

—¡Es un pecado mortal, una irreverencia!... ¡Al menos dos velas!

El coche partió al trote.

Luisa tuvo escrúpulos. Realmente debía mandarse a llamar a alguien.

Jorge se incomodó. ¿A quién se llamaba a tal hora? ¿Estaba muerta? ¡Pues se acabó! Se la enterraría... ¡Velar a aquel estafermo! ¡Pues! ¡y ponerla cámara ardiente! ¿Quería ir ella a velarla?

—Vamos, Jorge, vamos—murmuraba Sebastián.

—¡No, he dicho! ¡Qué prurito de crear obstáculos!

Luisa bajó la cabeza, y mientras Jorge cerraba la puerta de la casa, ella bajaba a la calle, del brazo de Sebastián.

—¡Estallo de rabia!—la dijo él muy bajo.

Todo el camino fué Jorge murmurando:

—¡Qué idea ir a dormir fuera de casa!

Luisa dijo casi llorando:

—Parece que quieres martirizarme más y que me ponga peor.

El calló, mordiéndose el cigarro. Sebastián propuso, para calmarle, que la tía Vicenta, la negra, fuése a velar a Juliana.

—Sería lo mejor—murmuró Luisa.

Llegaron a la puerta de Sebastián.

El «fru-fru» del vestido de seda de Luisa en su casa, conmovió particularmente a Sebastián: su mano tembló al encender las bujías de la sala. Despertó a la tía Vicenta para que hiciera té; sacó él mismo sábanas del baúl, feliz con la hospitalidad que daba. Cuando volvió a la sala, estaba Luisa sola, sentada en el borde del sofá.

—¿Y Jorge?—preguntó él.

—En el despacho, escribiendo al párroco para el entierro.

Y añadió con ojos brillantes y voz cobarde:

—¿Están ya...?

Sebastián sacó la carterita de Juliana. Luisa la cogió ávidamente, y con un movimiento brusco tomó la mano de él y la besó.

Jorge entró sonriendo.

—¿Estás más tranquila, niña?

—Del todo—dijo ella con un suspiro de alivio.

Fueron a tomar el té. Sebastián contó a Jorge, ruborizándose un poco, cómo entró en su casa. Juliana diciéndole que la habían despedido y exaltándose, ¡zas!, de repente cayó muerta de costado.

Y añadió:

—¡Pobrecilla!

Luisa le veía mentir, mirándole con adoración.

—¿Y Juana?—preguntó Jorge de pronto.

Luisa respondió sin turbarse:

—¡Ah! Se me olvidó decírtelo. Me pidió permiso para ir a ver a su tía, que está muy mala, hacia el lado de Bellas. Dijo que mañana volvería... Un poco más de té, Sebastián...

Luego se olvidaron de mandar a la tía Vicenta, y nadie veló a la muerta.